

Prosas

ROSA MARÍA BATEL

Eusebio Valencia

—¿Nombre?

—Eusebio Valencia, para servir a Dios y a usted.

—¿Y de dónde eres?

—De allá bien lejos, de donde brota el polvo.

—Polvo pareces Eusebio. No más no te me desmorones.

—Tóqueme patrón y verá que tengo huesos.

—Ya sé que tienes huesos. Lo que no sé es si aguanten el trabajo.

—¿Y qué hay que hacer patrón?

—Hay que acarrear piedras hasta la punta de la loma.

—¡No podré con pedruscos, patrón...! Si la vida la he llevado cargando bultos y bultos de penas...

—Sí, Eusebio, pero éstas pesan de a veras.

—Mis penas también, patrón.

—¿Qué edad tienes?

—La verdad es que no sé. La gente como yo aprende a tener siempre la misma.

—Sí, pero en algún momento habrás nacido.

—Dicen que sí, pero ya se me olvidó cuándo.

—¿Y estás dispuesto a quedarte en esta tierra?

—Mientras haya tierra patrón, no habré de moverme.

—Pareces de otro tiempo, Eusebio. Pero me caes bien, te daré el trabajo.

—Gracias, patrón. No habrá de arrepentirse. Ya verá que no me canso.

—Todos nos cansamos, Eusebio. Pero afortunadamente tenemos la noche para reponernos.

—¿Y los que viven siempre en la noche, cómo le hacen patrón?

—¡Qué preguntas haces, Eusebio!

Nadie vive en la noche siempre.

—Yo nada más digo...

—Ya no digas más. Lo que necesitas es empezar a trabajar enseguida.

—Cuando quiera, patrón.

—Voy a llamar a Gumersindo Ramírez para decirle que vas para allá.

—¿A poco Gumersindo Ramírez, el bizco, patrón?

—Sí, el bizco. ¿Qué, lo conoces?

—Es mi compadre.

—Pues entonces le dará mucho gusto saber que vas a trabajar con él.

—¿Bueno?... ¿Gumersindo? Ahí

te voy a mandar a un nuevo peón para que te ayude a cargar piedra.

Se llama Eusebio Valencia, y dice que es tu compadre.

—Pregunta si eres Eusebio, el hijo de don Bernabé.

—Ese mismo.

—Dice que sí, que ése...

—Que si eres el padre de Benjamín, su ahijado.

—Pues, claro, por eso somos compadres.

—¿Cómo...?

—Dice Gumersindo que no te podemos dar el trabajo, Eusebio.

—¿Y por qué no, patroncito? Necesito el trabajo.

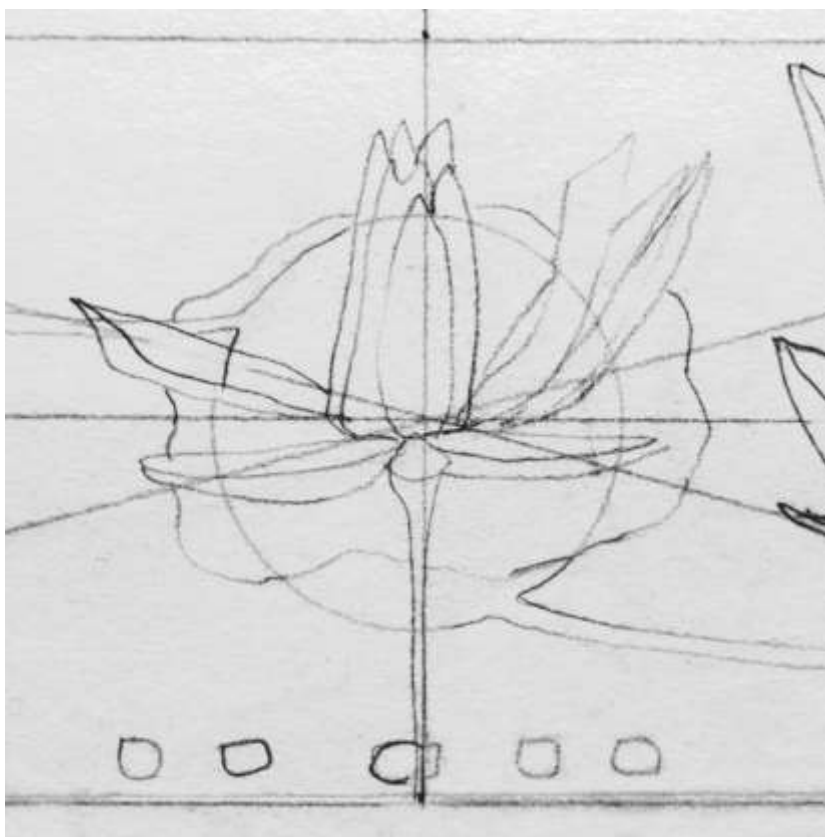
—¿Y para qué lo necesitas tú, Eusebio?

—Para lo mismo que todos, patrón; para ganarme la vida.

—No se puede, Eusebio. Es mejor que te vayas de una vez.

—¿Y por qué patrón?... Dígame nomás por qué...

—Porque los muertos no acarrear piedras, Eusebio. ~



El mudo

—¿Cómo te llamas? —preguntó el recién llegado.

—Efraín Hurtado, pero todos me dicen “el Mudo” —contestó el otro sin levantar la vista del vaso con el que jugueteaba sobre la mesa.

—¿Y eso por qué?

—Porque no hallo mis palabras.

—¿Y de dónde vienes? —insistió el hombre.

—De ningún lado —musitó el Mudo con indiferencia—. He pasado aquí la vida, empeñado en buscar mis palabras en el fondo de este vaso.

—¿Sabe alguien cuándo las perdiste?

—Dicen que nunca tuve.

—¿Y éstas con las que me respondes?

—Me las prestó una voz que ya no existe para llamar a las mías.

—¿Y de verdad te gustaría encontrarlas? —inquirió el forastero.

—No —le dijo—. Cuando busco, lo hago con la esperanza de haberlas perdido para siempre. ~

Regalo

—Te doy mi vida —le dije. Y él se la llevó, como quien toma a un niño de la mano y echa a andar. ~

Triunfo

Ella lo miró alejarse coronado de laureles. Su figura se desmoronaba dejando un rastro de polvo sin fulgor, hasta que terminó por disolverse como quimera. ~

El silencio

El silencio fue alargando paulatinamente su estancia. Había empezado por alojarse durante intervalos breves, pero regulares, en el medio de conversaciones cada vez más fútiles y difíciles de retomar, hasta que invadió los espacios del inevitable encuentro con todo el peso de su contundencia.

Cada uno por su lado se preguntaba cómo habían sido aquellos días en los que las palabras llenaban las horas, siempre demasiado breves, con sus sonidos renovados. Aquéllos en los que las ideas confluían con la ligereza de un mismo cauce ante el asombro gozoso de ambos. Apenas si recordaban los arrebatos sudorosos que mordieron la carne de los primeros besos.

Ninguno de los dos percibió el momento en el que habían comenzado a nombrar a las cosas con distinto nombre. Tampoco se percataron del primer minuto que dilató sus segundos para llenar un tiempo cada vez más largo. Nunca supieron qué noche empezó a pesarles el cuerpo del otro como una carga asfixiante.

Por las mañanas eran corteses, se ofrecían para hacer el desayuno y gastaban sus pocas palabras en un escueto diálogo en el que la cotidianeidad hacía discurrir sus más elementales convenciones. Temían a la oscuridad porque ésta los enfrentaba a ese tedio silente que sólo interrumpía, aunque de manera breve, el placer de la cocina o la frescura de unas sábanas recién lavadas.

Habían colmado de a poco el vacío con el aliento que les permitió pronunciar la última palabra. “Adiós”, se dijeron, y cada uno sacó de su armario una maleta que acumulaba, sobre su cubierta blanquecina, las briznas de todos sus silencios. ~

Navegante

Solía navegar por mares de sombra. Su barco era una cruz al viento que desataba la furia de las corrientes nocturnas.

Buscaba el canto que lo había abandonado cuando el extrañamiento de su propio cuerpo lo sumergió en el vacío. Sabía que los acordes náufragos que asaltaban por sorpresa a las naves sin rumbo eran el eco de los fantasmas que habitaban su desamparo.

No imaginaba puerto ni destino. No perseguía tierra ni sosiego. Tan sólo añoraba su voz escondida en la penumbra del olvido. ~